

## SELECCIÓN DE TEXTOS CLÁSICOS

**Marco Tulio Cicerón (106-43 AEC)**

*De Officiis*, I.XIII.41

Hay dos maneras por las cuales puede hacerse injusticia, bien por fuerza, bien por engaño; y el engaño parece pertenecer a un pequeño zorro, la fuerza a un león. Ambos parecen ajenos al ser humano; pero el engaño merece un reproche mayor.

**Marco Anneo Séneca (55 AEC-39 EC)**

*Epistulae Morales*, LXXIV

Cosas hay cuya condición es no abandonarnos sin dejar en lugar suyo un pesar, como la salud alterada nos deja la enfermedad. Cuando perdemos los ojos quedamos ciegos; cuando nos cortan una pierna quedamos débiles y cojos. No resultan iguales inconvenientes en los ejemplos que antes propuse, porque por perder un amigo no me son todos infieles; por perder hijos buenos, no los reemplaza en seguida la impiedad, y además no pierdo el amigo ni los hijos, solamente pierdo sus cuerpos. Mas el bien no puede perderse si no se trueca en mal, cosa que no soporta la naturaleza porque la virtud y todo lo que ella produce está libre de todo cambio. Además, si has perdido amigos o hijos, de que estabas contento, medios hay para reemplazarlos. ¿Preguntas de qué manera puedes conseguirlos buenos? Por la virtud. Por la virtud, que no permite que nada quede vacío en su presencia, puesto que llena nuestra alma, y que sirviéndonos tanto nos quita el pesar de lo que hemos perdido. La virtud es el origen y la fuerza de todos los bienes. ¿Qué importa que el agua de un arroyo se agote o se pierda si el manantial queda intacto? Por la misma razón que no dirás que un hombre es más justo, más moderado, más prudente, más honesto por haber conservado o perdido sus hijos, tampoco debes decir que su condición sea

mejor. Lo mismo acontece con los amigos; su número mayor o menor no los hace más prudentes, más honrados; y, por tanto, ni más felices ni más desgraciados. Mientras la virtud permanece íntegra no hay desgracia que sea insensible.

**Giovanni Pontano (c. 1426/9-1503)**

*De principe* (1468), extractos

[1] Quienes vayan a reinar deben tener en cuenta dos objetivos fundamentales: primero, ser generosos; segundo, ser clementes. Pues el rey que hace uso de la generosidad transforma enemigos en amigos, extraños en cercanos, traidores en súbditos obedientes. Incluso persuadirá a extranjeros y a aquellos que viven en tierras lejanas para que lo amen. Todos respetamos, veneramos y tomamos por un dios a quienes percibimos como clementes. De hecho, a través de su generosidad y clemencia el príncipe se asemeja a Dios, cuya naturaleza es bendecir todas las cosas y perdonar a los reincidentes.

[2] ...No hay nada más despreciable que no mantener las promesas. Esto es de tal importancia que una vez que hayas dado tu palabra, incluso a un enemigo, es todavía correcto mantenerla. Y como la confianza fue definida por los antiguos como firmeza y honestidad en las palabras y acuerdos propios, nada deberá ser tenido en más alta consideración por el príncipe que la verdad misma.

[3] Nuestros éxitos son como un espejo de nosotros mismos. Tal como estamos acostumbrados a decir en relación con el oficio de la política, el éxito deja abundantemente claro qué clase de persona uno es. Por esta razón se requiere de autocontrol en particular cuando alguien puede hacer lo que le place. Su mente ha de estar disciplinada para que no se deje llevar [por sus impulsos] o se vuelva arrogante o se olvide de sí misma; y ha de estar entrenada de tal forma que considere

constantemente la posibilidad que algún día él podría ser llevado de la libertad a la esclavitud, de la riqueza a la pobreza, y de una alta e ilustre posición a la ignominia funesta.

[4] Lo primero y más importante, sin embargo, es procurar ver si eres más devotamente amado por aquellos a quienes les has confiado el cuidado de tu persona y vida privada. Si es así, vivirás con mucha seguridad. Cuando este mismo amor haya extendido sus raíces más profundamente entre tus siervos y se haya después expandido en un área mayor, estará diseminado no solo entre tus súbditos y tu propia nación, sino incluso entre extranjeros. Quienquiera que ama a alguien desea que esa persona viva para siempre; y si bien una persona que es amada tiene menor necesidad que cualquier otra de contar con un ejército, soy de la opinión que no hay quien esté mejor provisto de tropas que aquella. (...) Para preservar e incrementar a diario el amor de tus siervos y amigos íntimos, es particularmente importante que ellos noten que son amados por ti. Es un viejo y juicioso dicho que “si quieres ser amado, ama”. Llegarán a esta conclusión sobre todo cuando te vean alegrarte por la buena fortuna de ellos y vean como te lamentas de todo corazón por sus adversidades. La generosidad combinada con gratitud capturará sus corazones y los hará particularmente leales. La generosidad no puede exceder un cierto límite en los príncipes, a pesar que la misma regla no se aplica en toda circunstancia y en relación con todos. Pues cuando las personas se acostumbran a recibir favores diariamente, si eres forzado por la necesidad o persuadido por alguna razón válida a retirar tus favores, ellos podrían cambiar de opinión y, reaccionando como si hubiesen recibido una injuria, comenzaran a pensar en cómo vengarse.

[5] Dado que la fortuna cambiante de los príncipes se manifiesta de una forma elevada y pública, a vista de todos, debes tener cuidado que todas tus palabras y acciones sean tales que no solo te traigan elogios e incrementen tu autoridad, sino que también inspiren a tus siervos y súbditos a comportarse

virtuosamente. Nada los inspirará más que si tus propias virtud y conducta son vistas como de la mayor probidad. Ese verso de Claudiano es por lo mismo de extremada astucia: “El mundo se ordena de acuerdo al ejemplo del rey.” Y de ahí el dicho: “De tal amo, tal criado”, que ciertamente sirve de proverbio.

**Bartolomeo Sacchi, *il Platina* (1421-1481)**

*De príncipe* (1471), extractos

[1] Toda adquisición de poder político se funda en la probidad moral de un individuo, ya que ella es producto de la dignidad misma de alguien, de su propia virtud o de la de su familia, o de los beneficios que se han entregado al pueblo mediante hazañas militares y buen juicio.

[2] Ciertamente, si regresamos a nuestro primer origen, es decir a los dioses, de los cuales descendemos, ninguna persona resulta más noble que otra. Son las virtudes y los vicios los que hacen a los hombres distintos, ya que, como dice Platón, vemos que muchos reyes surgieron de esclavos y, asimismo, muchos esclavos de reyes. Es solo la virtud la que crea nobles y la que preserva la nobleza en su descendencia. Elige tus amigos, por tanto, entre aquellos de ascendencia noble cuya actividad y determinación te inspiren virtud y gloria.

[3] ...Así como nada es más ruinoso [para un príncipe] que el ser odiado, así también nada es más benéfico que ser adorado o amado – algo que se produce en formas milagrosas por vía de la amabilidad, gentileza y deferencia. Mientras el orgullo socava reinos, la amabilidad fortalece aquellos que han sido socavados. Algunas veces, la amabilidad quiebra la obstinación de los hombres al punto que los empuja en la dirección que ella quiere. Moisés se dirigió a su pueblo hostil y rebelde de una forma cautivadora, incluso después de haber recibido insultos de ellos. Los consoló por sus penurias, los confortó con profecías, los apoyó con su trabajo. Por esto ha sido desde

entonces considerado el más sabio de los hombres; pues triunfó sobre los ánimos de la población toda mediante sus habilidades, de forma que la gente atesoró la grandeza que emanó de su gentileza, más que admirarlo por sus logros.

[4] ...Es un duro peso el que los príncipes llevan sobre sus hombros: a saber, preservar la floreciente prosperidad de su ciudad y, si no evitar infortunios y peligros, al menos reducirlos. Por esto algunas personas, viendo la dignidad, riqueza, gloria y poder de los príncipes, los llama semidioses. ¿Puede algo más útil sernos dado? ¿Entrega algo más beneficios a la raza humana? ¿Qué hace a los hombres más felices y semejantes a Dios (en cuanto esto es posible) que hacer todo de forma prudente y modesta, respetar la justicia, comportarse generosamente, proteger al oprimido, dar esperanza al afligido, confortar al enfermo, ayudar a sus propios amigos, recompensar la virtud, y ser de utilidad a tantas personas como sea posible? Ciertamente la majestad del príncipe es asegurada en todos los lugares no por murallas o diques o escoltas, sino por su propia virtud.

[5] No solo entre los medas, como dice Heródoto, sino entre todas naciones, los príncipes parecen ser estimados por razón de la justicia. Ciertos extranjeros fueron incluso destinados a gobernar ciudades por su extraordinaria reputación de justicia, como leemos a propósito de Numa. Ya que la pobre multitud puede ser oprimida por los ciudadanos más ricos, fue necesario recurrir a una persona de virtud conspicua que pudiera mantener a las clases más altas y bajas en una igualdad de derechos. Las leyes, que hablan con una y la misma voz a todos, fueron establecidas precisamente por esta razón. La opinión expresada por mi maestro Argirópulo debe parecer espléndida ciertamente: él acostumbraba decir que tanto como un alma era necesaria en un organismo vivo, así también la justicia lo era en una sociedad humana. Si el alma está presente, el cuerpo está animado por un movimiento interior; si se aleja,

el cuerpo inmediatamente se paraliza, desintegra y pudre. De la misma forma, la sociedad permanece firme si es administrada con justicia; pero si la justicia es descuidada, decae y muere.

Todos examinan y admiran al hombre justo como una suerte de dios. A él confían sus posesiones, niños, mujeres y todos los asuntos humanos. Y con buena razón, también, ya que, como sostiene Aristóteles, la justicia no es una sección particular de la virtud, sino su totalidad, de la misma forma que la injusticia es la totalidad del vicio. El fundamento de la aclamación y fama perpetua ha de ser entonces la justicia, sin la cual nada puede ser digno de aprobación.

### **Giuniano Maio (c 1435-1493)**

*De maiestate* (1492),

cap. XIX “De la magnificencia”, extracto

El segundo tipo de magnificencia sobre el que debemos hablar se refiere a la caza. Si consideramos el número y la belleza de vuestros perros, seleccionados de diferentes razas y de naciones extranjeras, los halcones y otras aves de presa importadas de varias partes del mundo, los bosques cercados para caza, las trampas que han sido hechas, las nuevas formas de cazar que han sido desarrolladas, los sacos y redes que han sido preparados, vuestra considerable experiencia en cazar bestias salvajes, vuestra práctica infatigable – ciertamente, entonces, vuestra pasión debería ser mirada no solo como excepcional, sino increíble.

La caza es un entrenamiento digno para un caballero noble y para un rey excelente y magnánimo. Por medio de ella, la salud y físico de vuestro cuerpo se preserva, lo que os prepara y arma para cualquier eventualidad, al tiempo que la diversión estimula y alimenta vuestra noble mente.

**Desiderio Erasmo de Rotterdam (1466/9-1536)**

*Institutio Principis Christiani* (1516),

cap. VIII “Los pactos”

Al establecer pactos, como en los demás asuntos, el buen príncipe no mirará más que por el bien público. Cuando se trata de que los príncipes obtengan ventajas personales vulnerando los intereses del pueblo, el pacto no debe llamarse tal, sino conspiración. Quienes piensan así dividen al pueblo en dos, el de la nobleza y el de la plebe, uno de los cuales prospera con el mal del otro; donde esto sucede, allí no existe la república.

Entre todos los príncipes cristianos hay un pacto muy estrecho y santo por el hecho mismo de ser cristianos. ¿Qué resultado se obtiene haciendo pactos a diario, como si todos fuesen enemigos de todos y como si se hubiese de conseguir con pactos humanos lo que no consigue Cristo?

Firmar muchos papeles es señal de desconfianza, lo mismo que establecer muchos pactos. Cuando un asunto se lleva a cabo haciendo muchas escrituras, ello es indicio de que no se procede con buena fe y vemos a menudo que de tales escrituras nacen muchísimas discordias y eso que se hacían con la pretensión de que no existiesen litigios. Cuando media la mutua lealtad y el trato se hace entre buenos, no hay necesidad de muchas y puntillosas escrituras, pero cuando los asuntos se tratan entre gente perversa y de mala fe, las escrituras incluso originan pleitos. Por eso, entre príncipes buenos y sabios aunque no medie ningún pacto, subsiste la amistad; entre necios y malos, de los mismos pactos que estaban destinados a no causar guerra, nacen éstas cuando entre los innumerables artículos alguien se queja de que éste o aquél ha sido violado.

Un pacto suele concertarse para poner fin a una guerra. Actualmente llaman pacto al concierto establecido para promover una guerra. La federación de éstos no es más que deseo subrepticio de guerra; hacia el mismo lado hacia el que se inclinan los acontecimientos, se dirigen también los pactos.

La fidelidad de los príncipes debe ser tal que, al responsabilizarse de aquellas tareas que se les encomiendan, una simple promesa suya sea más sagrada que el juramento de otro cualquiera. ¡Qué feo es no cumplir lo que ha sido acordado con pactos solemnes, haciendo caso omiso incluso de aquellos principios que entre los cristianos se consideran como más sagrados! No obstante, vemos que actualmente sucede así y no añadido por culpa de quiénes, pero lo cierto es que sin culpa de alguien no puede ocurrir.

Si se ve que algo ha sido violado en un pacto, no se rompa todo él inmediatamente para que no parezca que se aprovecha la ocasión para disolver la amistad. Hay que esforzarse más para que con el mínimo daño se resarza lo que se rompió. Conviene algunas veces hacer la vista gorda ante ciertos hechos, puesto que ni siquiera entre personas particulares la amistad dura mucho si todo se exige hasta el más mínimo detalle. No sigas alocadamente los dictados de la ira, sino lo que aconseja el bien común.

Un príncipe bueno y sabio se esforzará en mantener la paz con todos, pero principalmente con los vecinos, que pueden causar muchísimo daño si se los tiene en contra. Como amigos, pueden ayudar y sin sus relaciones comerciales, la república no podría mantenerse. Fácilmente une y vincula la amistad entre los que tienen una lengua común, fronteras comunes e idiosincrasia similar. Existe entre algunas naciones tan gran diferencia en todos estos aspectos, que es mucho más razonable abstenerse de todo intercambio con ellas, que relacionarse con las mismas por medio de estrechas alianzas. También las hay tan distanciadas que, aunque lo quisieran, no podrían acarrear ningún provecho. Finalmente, las hay tan intratables, tan incumplidoras de pactos y tan insolventes que, incluso si son fronterizas, son inservibles para toda amistad. Con éstas, lo más acertado será ni liarse en guerras, ni ligarse con pactos estrechos o vínculos de afinidad, porque la guerra siempre resulta desastrosa y la amistad de algunos no es mucho más tolerable que la guerra.

Una parte de la sabiduría del rey consistirá en conocer el carácter y las costumbres de todas las naciones y ello lo conseguirá en parte leyendo y en parte con las informaciones de hombres sabios y expertos, para que no piense que necesita andar errante, como Ulises, por todas las tierras y mares. Sobre lo demás no es fácil ni seguro dar reglas, Podemos decir, en general, que no conviene establecer estrechos lazos con aquellos que tienen una religión diferente a la nuestra, como con los paganos, o con aquellos a los que un accidente geográfico separa de nosotros, interponiéndose, p. e., los Alpes o los mares con aquellos a los que un inmenso espacio aparta de nosotros. A éstos no debemos intentar ni atraerlos ni atacarlos. De esto, aunque hay muchísimos ejemplos, citaré uno solo muy cercano y baste por todos. Es el reino de Francia, el más floreciente de todos con diferencia en todos los aspectos, pero sería más floreciente si se hubiese abstenido de atacar a Italia.

**Pietro Metastasio (1698-1782)**

*La clemencia de Tito* (1734), acto III, escena viii.

TITO    Amigos dioses, si para reinar,  
              Se requiere un corazón severo,  
              O bien quitadme el imperio,  
              O bien dadme otro corazón.  
              Si no puedo asegurar con amor  
              La fidelidad de mis súbditos,  
              No me interesa aquella otra  
              Que es fruto del temor.

**Emanuel Schikaneder (1751-1812)**

*La flauta mágica* (1791), acto II, escena i.

SARASTRO    ¡Oh vosotros, servidores iniciados  
                  de los dioses Osiris e Isis!  
                  Con pureza de alma os digo que  
                  nuestra reunión es una de las más  
                  importantes de nuestra época:  
                  Tamino, hijo de rey,  
                  está en la puerta norte del templo,  
                  quiere arrancarse su velo nocturno  
                  y entrar en el santuario de la luz.  
                  Hoy nuestro deber es velar  
                  por ese virtuoso y ofrecerle  
                  amistosamente la mano.

PRIMER SACERDOTE    ¿Es virtuoso?

SARASTRO    ¡Virtuoso!

SEGUNDO SACERDOTE    ¿Y también discreto?

SARASTRO    ¡Discreto!

TERCER SACERDOTE    ¿Practica las buenas obras?

SARASTRO    ¡Las buenas obras!  
                  Si lo tenéis por digno,  
                  seguid mi ejemplo...  
                  Sarastro os da las gracias  
                  en nombre de la humanidad.  
                  Pamina, muchacha dulce y virtuosa,  
                  ha sido destinada por los dioses  
                  a ese joven.  
                  Tal es la razón  
                  por la que se la quitó a su madre.

Esa mujer se figura ser muy grande,  
abriga la esperanza  
de trastornar al pueblo  
con engaños y supersticiones  
y de destruir el sólido edificio  
de nuestro templo.  
¡Pero no lo conseguirá!  
Tamino lo consolidará, con nosotros.

PRIMER SACERDOTE Gran Sarastro,  
¿soportará Tamino  
las duras pruebas que le aguardan?  
No lo olvides: es un príncipe.

SARASTRO ¡Más todavía! ¡Es un hombre!